

Juan Gonzalo Rose

Pésame por aquel hombre

Ese hombre que andaba con un zorzal guardado
en la maleta
murió ayer.

Cualquiera lo hubiese confundido
—de no mirarle con atención el ojo por el que
le corrían las sombras de olvidadas palmeras—
con el sencillo vendedor de baratijas.

Pocos como él amaron con la debida gentileza
y un cariño no exento de malicia
las tabernas; no sólo por el vino cuya seca
caricia tocaba el paladar y la memoria
abierta hacia otros patios más serenos, sino
también por la venia verdiazul de sus rincones,
por la paciencia diestra de ciertas telarañas
que colgaban de la luna al barril y
se movían solamente a veces
cuando alguien suspiraba contemplando la calle
que iba siempre de día contraria a las tabernas;
y también las amaba porque en ellas
nadie lo hubiese confundido
con un sencillo vendedor de baratijas,
pues muy por el contrario allí sabían
sus tratos con las islas, la canela
que alzaron sus abuelos, las regias campanillas
que precedieron siempre sus amores.
Poca gente en su entierro, pero en cambio
hubo un serio dolor en las tabernas,
algo como protesta, cual el chasquido amargo
de un vino torpemente derramado.
